

**DE LA LENGUA DEL OTRO
AL LENGUAJE POÉTICO**

TEXTO Y LECTURA EN OTRA LENGUA

ANTONIO FIGUEROA

Generalmente se admite como una evidencia el hecho de que toda aproximación teórica o práctica al aprendizaje de una lengua extranjera presenta problemas específicos. Lo que en el caso de la lengua es obvio lo parece menos en el caso de la literatura; sin embargo, a poco que se considere el texto desde una perspectiva estrictamente literaria las dificultades aparecen, y más aún si se lo considera como algo que «funciona» como productor de sentido, como una comunicación de carácter propio que esencialmente se realiza en el acto de lectura.

El acto de lectura en lengua extranjera presenta ciertamente modalidades específicas, y no nos referimos a problemas de tipo lingüístico, de comprensión de código, etc., sino a una especificidad de orden literario que atañe a la realización del texto como programa de actividades y como comunicación estética. Los teóricos de la lectura suponen habitualmente, e implícitamente, que la lengua del texto es la del lector. En todo caso, se estudian más a menudo las modalidades propias de la lectura «heterotemporal» que las de la lectura «heteroespacial», aquella que se produce en un ámbito que no coincide con el espacio sociocultural de la escritura. Menos aún se considera el hecho de que este espacio de la diferencia cultural sea además el espacio de la diferencia lingüística donde la lengua de la lectura ya no es la lengua del lector, o por lo menos no es la que habitualmente utiliza. Sin embargo, el fenómeno de la lectura en lengua extranjera es cada vez más frecuente, y no sólo en ámbitos académicos. Por otra parte, y en lo que a la lectura en lengua francesa se refiere, el hecho se produce no sólo en el marco de culturas perfectamente diferenciadas de la francesa, sino también, en el ámbito de algunos de los países denominados francófonos, espacios donde la lengua francesa se comporta como lengua de cultura y de prestigio frente a otras lenguas, lo cual a veces conduce a auténticos conflictos lingüísticos.

Pasamos, pues, a proponer algunas vías de reflexión en este sentido y a esbozar una temática, teórica, es cierto, pero cuyo estudio podría ayudar a comprender mejor el funcionamiento del texto «extranjero», ya sea en su simple lectura, ya sea en las «lecturas» que de él se hacen en nuestros propios textos.

El primer condicionante, a nuestro juicio decisivo, en la lectura en lengua extranjera, viene dado por el hecho de que el código lingüístico que se utiliza es un código aprendido conscientemente y por lo tanto con las limitaciones que ello lleva consigo. Cuando decimos «conscientemente», queremos con ello establecer una diferencia fundamental entre el aprendizaje de una lengua en cierta medida «querido», escolar o no, y el aprendizaje espontáneo, que llamaríamos «natural» en cuanto que ligado estrechamente a hechos de experiencia en un tiempo y en un espacio cultural concretos; es este último el que dota a los signos lingüísticos de sus posibilidades de resonancia, de su poder connotativo y evocador cuando son utilizados en el «estado» poético; el conjunto de los signos así aprendidos constituye el contexto elemental frente al que la lengua poética se manifiesta utilizándolo y superándolo. Al contrario, en el caso del aprendizaje consciente de los signos, éstos tienden a verse asociados a significados unívocos, y su conjunto tiende a parecerse al diccionario; el sentido así fijado se fosiliza y sus posibilidades poéticas disminuyen evidentemente. Es cierto que el código aprendido resulta válido para dar cuenta de significados exactos, pero los problemas aparecen cuando lo que de él se espera es la plurisignificación, la multivalencia y la ambigüedad propias del texto artístico y de la comunicación estética. Estas dificultades se manifiestan en la lectura, porque allí es donde el texto «existe» como tal.

No queremos con ello decir que esta univocidad unidireccional de los signos sea imposible de superar, ni tampoco que la lectura en lengua extranjera no pueda constituir un hecho de comunicación literaria; se trata en todo caso de tendencias cuyo alcance se verá condicionado por toda una serie de factores entre los que se pueden contar, desde la distancia inicial entre el mismo código del texto y el código del receptor, hasta las propias condiciones de aprendizaje del código extranjero. Parece obvio que cuanto más próximos sean los dos conjuntos socioculturales de escritura y lectura, e incluso cuanto mayor sea la proximidad entre ambos códigos, aun en su propia materialidad, mayores serán las posibilidades de correspondencia entre los signos, y mayor será su poder significante al haber sido elaborados en marcos culturales cercanos; habrá en este caso elementos del código extranjero que el lector puede interpretar en función de su propia experiencia de la lengua, de su lengua. Cuando, al contrario, la distancia entre ambos mundos es mayor, este tipo de coincidencias será menos probable y la incidencia del hecho de la fosilización del código aprendido será seguramente también más

importante. Parece asimismo evidente que la lectura se verá también afectada por las condiciones concretas del aprendizaje consciente de la lengua; si, por ejemplo, los signos han sido aprendidos en su contexto amplio, evitando establecer correspondencias mecánicas entre las dos lenguas, la aproximación al texto extranjero será ciertamente más viable. De todos modos, nunca prácticamente el texto en lengua extranjera tendrá las mismas posibilidades poéticas que el texto en lengua propia; en este sentido suscribimos plenamente la afirmación taxativa de Mikel Dufrenne: «Es así como aprendemos las palabras de una lengua extranjera, que por otra parte jamás poseerán para nosotros un pleno valor poético.»¹

Conviene señalar además, en lo que se refiere a la influencia del código extranjero, el hecho siguiente: mientras que la utilización de una lengua, en circunstancias normales de lectura, no implica de suyo ninguna reacción en el orden de la interpretación, si la lectura se produce en lengua extranjera, entonces la lengua misma se pone de relieve con un peso especial, *as a fact*. Se produce entonces una reacción en la lectura, reacción interpretativa, difícil de cuantificar, es cierto, pero no por ello menos evidente. Veamos un ejemplo, extremo sin duda, pero significativo: si podemos llamar lectura al ejercicio escolar de la traducción, veremos que en este caso el peso del código es tal que el traductor tiene incluso dificultades para percibir el contenido informativo del conjunto del texto; el código se hizo opaco en este caso y en su conjunto, puesto que el «lector» aparece únicamente preocupado por el significado unívoco de cada signo; se trata de un caso límite, pero hay que pensar que el traductor tiene incluso dificultades para percibir el contenido informativo del conjunto del texto; el código tiende en este caso a hacerse opaco. Se trata, claro está, de un caso límite, pero conviene de todos modos advertir que toda lectura en lengua extranjera, por muy espontánea que sea —o que lo parezca— presupone cierto ejercicio de «traducción», cultural al menos, e implica una tarea suplementaria para el lector de interpretación de signos y de sentidos de una cultura a partir de los de otra. De todas formas se produce una presencia excesiva del código como tal que tiende a reducir su disponibilidad para el funcionamiento poético, tiende a restarle transparencia y a interferir en la comunicación literaria como un «ruido» parasitario y permanente, ni querido ni intentado de suyo por el propio texto.

A los problemas derivados del peso del código lingüístico en esta situación, y que acabamos apenas de evocar, habrá que añadir los provenientes del texto en cuanto programa de actividades. Digamos, sin intención polémica, que el texto aparece, entre otras cosas, como

1. Mikel Dufrenne, *Phénoménologie de l'expérience esthétique*, Paris, P.U.F., 1953, t. I, p. 175. Citamos por la traducción española de R. de la Calle, Valencia, Ed. F. Torres, 1982, p. 164.

un conjunto de previsiones de lectura y de presuposiciones de todo tipo. Entre éstas, quizá la más general, aunque la menos perceptible precisamente por su evidencia, es aquella que presume que el texto será leído en el interior del mismo espacio cultural y lingüístico en el que es escrito, y en el que se inscribe. Este universo que el lector previsto ha previamente interiorizado y modificado inevitablemente en función de su propia experiencia de conjunto, y más concretamente en función de su propia experiencia textual, constituye el marco en el interior del cual los dispositivos poéticos pueden funcionar; este universo está ligado a formulaciones lingüísticas, a la propia lengua, en definitiva, que se convierte así en «una concepción del mundo absolutamente intraducible».² Cuando la lengua del lector no es ya la del texto leído, éste se verá privado de su área normal de funcionamiento. El lector se verá en este caso abocado a «adaptar» sus propios dispositivos a un texto que en cualquier caso le es extraño; la comunicación literaria resultante se va a encontrar interferida por una serie de elementos imprevistos suscitados por la diferencia lingüística.

Si, por otra parte, pensamos que toda lectura que funcione como hecho estético ha de constituir una experiencia original frente a otras lecturas y que el texto, por su parte, también debe aparecer como una novedad frente a otros textos para no caer en el tópico, habrá también que pensar en el hecho de que el texto se inscribe en definitiva en una cadena histórica, tanto desde el punto de vista del lector, como desde el punto de vista social; ello supone su realización como tal texto en un tiempo y en un espacio bien determinados. Su lectura fuera de estas coordenadas se hace no sólo una lectura imprevista, sino imprevisible e incontrolada a nivel interpretativo. Tenderá a aparecer como extranjero, confrontado a la visión del mundo del lector; su novedad y su originalidad —que normalmente se manifiestan en el interior y a través de su propio contexto histórico— podrán no ser percibidas como tales en un contexto diferente. Por el contrario, por el solo hecho de ser extranjero, se verá dotado de otra «originalidad», de otra «novedad», muy distintas en todo caso de las que aporta en su propio universo cultural y lingüístico; es probable, por ejemplo, que determinados hechos estilísticos, previstos por el texto en función de presupuestos establecidos en su propia lengua y cultura, no sean percibidos desde la cultura del lector extranjero, quien por otra parte, es posible, y probable, que a veces interprete como hechos de estilo, elementos del texto que inicialmente no estaban previstos como tales.

Habrá por otra parte que pensar que el texto, como lenguaje, y como estético más aún, comporta toda una serie de espacios vacíos,

2. Texto de Bakhtine, cit. por T. Todorov en *Mikhaïl Bakhtine et le principe dialogique*, París, Seuil, 1981, p. 97.

de silepsis, etc., que el lector debe llenar en la lectura con su propio bagaje (no nos estamos refiriendo a lo que de «psicológico» o individual pueda tener la lectura, sino a elementos culturales y por lo tanto que funcionan a nivel social, y como tales cuantificables). Podemos decir sin entrar ahora en detalles, que el lector en lengua extranjera llenará o tenderá a llenar estos vacíos con elementos distintos de los previstos y a veces se verá obligado a hacerlo; también por esto, y en la medida en que suceda, el texto resultante será un producto distinto de lo previsto.

En la proporción en que el texto se produce en su lectura, podría pues afirmarse que la tendencia general es, en estos casos, producir un texto «autre», donde elementos puramente informativos pueden verse provistos de una ambigüedad «poética» imprevisible, donde expectativas relativas al código cultural propio del texto pueden ser sustituidas en la lectura por elementos tópicos e incluso míticos. La imprevisibilidad propia de la comunicación estética puede hacerse insignificante, diluida en otro tipo de imprevistos... el texto (leído) en lengua extranjera es imprevisible en su conjunto; esta falta de control, sustancialmente distinto del existente en toda lectura en el plano psicológico, se extenderá a todos los dominios interpretativos; en consecuencia, la dialéctica entre lo real y lo fantástico, entre lo verosímil y la inverosímil, entre lo cómico y lo serio, los aspectos lúdicos del texto, etc., pueden así verse distorsionados en el momento de la lectura. Estas tendencias son las que, a nuestro juicio, nos permiten hablar de «incontrol de lectura» en esta situación. (Damos por supuesto que nunca un control de los resultados de lectura es total desde las instancias textuales, habrá siempre un desfase entre lo «previsto» textualmente y el resultado de lectura, desfase que es precisamente uno de los elementos que permiten que el texto funcione de hecho; ahora bien, este desfase se produce dentro de unas coordenadas y está también en cierta medida previsto en condiciones normales; algo muy distinto es lo que sucede en el caso que nos ocupa).

Lo dicho hasta aquí no debe llevarnos a pensar que este tipo de lectura es una especie de «lectura imposible». Es evidente, y los hechos lo confirman, que el placer del texto se produce también en lengua extranjera. Conviene, además, tener en cuenta que la distancia entre el texto y un posible lector extranjero es siempre relativa y cambiante y no sólo a causa de la historia individual de cada lector, sino, y sobre todo, por el hecho de que las fronteras culturales trascienden las fronteras lingüísticas y, más aún, las fronteras políticas. Las distancias culturales son siempre distancias flexibles, aunque reales. Extranjera, toda lengua aprendida lo es, pero en grados diversos. Por lo tanto, el texto, que naturalmente se inserta en un determinado contexto cultural, se hará *más o menos* legible en lengua extranjera, en función precisamente de la distancia entre la cultura

de la escritura y la cultura «extranjera», convertida ahora en contexto real de lectura.

Es pues importante, tanto en el campo de la reflexión teórica, como en el terreno de las actitudes pedagógicas, ser consciente de las modalidades propias de este tipo de lectura, de sus límites, de sus posibilidades, de sus riesgos. La lectura en lengua extranjera es algo que nunca *va de soi*. Estará siempre presente en ella la presencia obligada de la cultura propia que, a modo de intertexto imprevisto, entrará de algún modo en la realización del texto e interferirá en su lectura como acto de recepción estética. Este tipo de funcionamiento textual presenta una especificidad propia, que, si bien es cierto que habrá que definirlo en términos de «tendencias a...», no por ello deja de ser teóricamente apreciable e incluso socialmente cuantificable. Buena muestra de ello podríamos obtenerla si, por ejemplo, analizásemos desde este mismo punto de vista las lecturas implícitas de textos extranjeros realizadas en algunos de los nuestros.

Habrà por lo tanto que reflexionar en el hecho de que, de la misma manera que la enseñanza de una lengua extranjera implica una actitud pedagógica específica, también el acceso a su nivel estético presenta sus propios problemas. Un profesor de francés lengua extranjera, por ejemplo, que pretendiese obtener de sus alumnos un perfecto acento parisiense, borgoñón o cualquier otro, lo único que lograría en este aspecto sería la imitación de una serie de actitudes que solamente tendrían sentido *sur place*; el acto de palabra resultante sería en realidad un acto teatral. Del mismo modo, quien se proponga enseñar, leer, hacer leer o presentar críticamente el texto estético en lengua extranjera debe ser consciente de esta especificidad y evitar en todo caso transformar este tipo de lectura en una lectura-espectáculo y al lector extranjero en un actor que representa, o mejor, que *singe*, el papel realmente previsto para él por el texto.